ANTE UNAS CARTAS DE JUAN RAMON JIMENEZ

A Francisco Garfias.

Resulta que cuando Juan Ramón Jiménez es, para muchos, algo así como un poeta-isla (isla sumergida), estamos acabándolo de descubrir mejor, quizá porque ese silencio en que su nombre anda ahora, hace bien a los que se le acercan sin prejuicios, sin toques de cornetín, con riesgo—y qué riesgo—de ser tenidos por reaccionarios. Si Juan Ramón fuese en nuestros días un guiador de generaciones poéticas; si estuviera bendecido por la moda, seguro que el bullicio de los beatos iba a impedirnos verle bien. Expulsado, o poco menos, de las preferencias traducibles en citas, no vigente—según el "Boletín Oficial de la Poesía", que anula las disposiciones anteriores—, el poeta de Moguer semeja un país inmenso en el que aún no hay oleadas de turistas. Los visitadores de ese país literario han tenido ocasión últimamente de contemplar en él una zona de muy agudos perfiles—Juan Ramón, crítico—; otra de variadísimos colores y calidades—Juan Ramón, prosista—, y el paisaje íntimo, de accidentes y metereología extremas, extendido en sus cartas. Las cartas de J. R. J. están sobre la mesa. Es decir, su persona.

Yo me he puesto a leerlas a la buena de Dios, colmado de curiosidad. Aun así es difícil sustraerse al runrún de opiniones que acompañaron y acompañan a quien las escribiera: que si "la torre de marfil"; que si las intempestivas actitudes; que si el esteticismo y que si la insolidaridad, todo ello muy en discordancia, al parecer, con el presente, pues ahora los poetas escriben al aire libre, son muy cordiales y educados, la estética no es sino distracción de señoritos y se desviven por ayudar al prójimo. Juan Ramón fué un avaricioso de egoísmos, ombliguismos y desplantes. Sigue el supuesto: un acorchado absoluto.

Vamos a ver. La poesía del Andaluz Universal queda aparte en punto a juicio sobre ella. Juicio libre, no faltaba más. ¿Cómo fué el hombre Juan Ramón Jiménez? Estas cartas se inician a fines del siglo XIX. El poeta adolescente escribe a un poeta situado en la esfera regional: Enrique Redel, de Córdoba, a quien admira. (El "Invierno", de aquel muchacho con aficiones artísticas se parece mucho al "Invierno", de su cordobés corresponsal. No lo disimula siquiera). Hasta ahí normalísimo; bueno, si lo es la honradez literaria.

Un poco más adelante sus destinatarios se llaman Rubén Darío, Miguel de Unamuno ("deseo de usted una opinión sincera y severa, te-

niendo en cuenta que para mí la opinión no es como para un literato profesional con afán de popularidad"), Azorín, Ramón Gómez de la Serna, Martínez Sierra, Antonio Machado y algunos otros.

Por lo pronto, el que se dedica a tan intenso carteo, no es un ser aislado y aislante; Juan Ramón dialoga al nivel de su época. Pero en seguida puede advertirse cómo sus relaciones literarias estuvieron regidas por dos leyes: la sinceridad y la variabilidad. Ambas explican ese flujo y reflujo de amistades, de nombres. Se ha insistido mucho en el carácter caprichoso del poeta derivado de su hipersensibilidad, pero esta forma de reacción ha de explicarse por otro motivo que los nervios en punta y la comentadísima soberbia juanramoniana. Ese motivo, para mí, es la concepción idealista—confesada en carta a Unamuno—que Juan Ramón tenía del mundo y del hombre. Su idea sobre las personas rozaba con frecuencia lo sublime; pero lo sublime es mal enemigo de la realidad y sus roces. Cualquier lector de estas epístolas ha de asombrarse de la manera rotunda con que, de la noche a la mañana, rompe el poeta una amistad. El entusiasta se convierte entonces en venenoso caricaturista; tan profundo es el fervor de antes como la repulsa que sigue; hay desproporción—por ejemplo en los casos de Guillén y Salinas—entre el origen de la actitud inamistosa y las consecuencias de ella. Pasaba con suma facilidad desde el frío al calor.

¿Por qué esto? ¿Por qué la ausencia de suavizaciones posteriores? Resulta fácil la respuesta: en Juan Ramón el temperamento se correspondía rígidamente con lo que él llamó ética—estética, no sólo en lo referido a su persona sino también a los otros. Ahí, en la moral puritana, exigentísima, atroz, está, a mi juicio, la clave de una conducta que puede parecer arbitraria al primer toque. Sus decepciones en la relación humana eran las propias de un adolescente; el golpetazo, definitivo. Resulta muy curioso que los dos escritores de su tiempo a quienes nunca dejó de admirar fueran Miguel de Unamuno y Pío Baroja, tan antípodas de las ideas estéticas que profesó Juan Ramón, pero tan cercanos a él por su incapacidad para la hipocresía, por sus truenos irritables, por su moralismo, yo diría que kantiano. Quiere decir que sus afinidades se hallaban orientadas hacia personas con amor a la verdad y a la independencia, que tales virtudes—virtudes insociables, claro es—hayan servido para crearle a Juan Ramón una leyenda de desafectivo y distanciado, resulta mal síntoma, dice pésimamente del funcionamiento de la vida literaria española, aunque no alcancen a quitarle al poeta su fama de extremoso, y de difícil en el trato.

A Juan Ramón le resultaban molestos los estetas, precisamente los estetas, no tanto, creo yo, porque temiese la competencia, sino porque le desconcertaba, hasta sacarle de quicio, cualquier posibilidad de doblez. Lleno de sospechas de mentiras (al contrario que Manuel Machado en sus versos), le horrorizó constantemente la inevitable distancia entre la persona ideal y la persona real.

Prueba este aspecto de su carácter, que cuando se producía la absoluta coincidencia de lo deseado y lo existente, el poeta se dió por completo, con ternura. Las cartas a familiares no presentan ni un resquicio para considerarle un hombre deshumanizado, como tampoco otras dirigidas a escritores o simplemente amigos. Tiene gracia—gracia adoles-

cente—su forma de interesar a Zenobia; es muy de persona normal el planteamiento de su matrimonio—trabajo y amor cada día—y conmueve saber que la obsesión por la Obra—¿es malo esto?—hubo de costarle, como a cualquiera, la realización de trabajos marginales que estaban lejos de ser "enchufes". Interesa decir esto, porque otra de las vertientes que confluyen en la leyenda cuyo protagonista es Juan Ramón, lleva rumores que hablan de una vida de señorito poeta a quien el sustento se le daba por añadidura. Oh, qué gran burgués. No quiso —grave error, según algunos—otro compromiso para su poesía y su prosa que el de exigirse la máxima perfección al escribirlas. Menudo propósito es ese; un propósito en donde también anda por medio la moral, suya, particularísima, cumplida a rajatabla, pero sin sacrificio de nadie.

Porque Juan Ramón no fué un olímpico enclaustrado, ni nada que se le parezca, tuvo debilidades humanísimas reflejadas aquí. Lo que pasa es que a una persona libre de disimulos, aunque haya disimulos muy caritativos, se le cuelga todo lo colgable, pues para comportarse así hace falta entereza y ganas de estar solo indefinidamente.

Los visitantes del país literario llamado Juan Ramón, han podido ver, en los últimos años, zonas de él casi en penumbra hasta ahora. Poco a poco—entre tópicos, topetazos y desdenes—la obra del poeta andaluz tiene aún bastante que asomar.

La isla sumergida sale a flote, sin prisas. Estas cartas sobre la mesa son un amplio documento psicológico que va contra esa leyenda que todos nos tenemos muy sabida.



LUIS JIMÉNEZ MARTOS